

entre dia habia tenido con mi solitario. Al rayar la aurora abandoné mi albergue para ir al momento á encontrarle de nuevo: busquéle por todas las partes de aquel pequeño bosque, en la fuente y en la celdilla, que hallé del todo abierta; pero sin encontrar en ningun paraje al que buscaba. Habrá tal vez abandonado la soledad, dije para mí, y se habrá marchado para ir á anunciar al mundo el amor de Jesucristo. ¿Quién sabe si escondido en algun rincón estará haciendo sus oraciones? Estando en estas perplejidades, ví una carta en el reclinatorio, la tomé, y leí en ella estas palabras: ¿Por qué me buskais aun aquí? Mi amor me habia traído á esta soledad: mi amor me ha sacado de ella; me veréis algun dia: adios, amad á Jesucristo.

No dudé que este hombre se habia ido por la noche, y que habia renunciado á las dulzuras de la soledad para llevar el amor de Jesucristo por todas partes; por lo que resolví volver á mi casa, consolándome de esta pérdida con la esperanza de que algun dia le volveria á ver.

SEGUNDA PARTE.

Su vida pública y laboriosa.

Despues de la conversacion que tuve con el santo solitario, no cesaba de bendecir al Señor por haberme hecho encontrar en él lo que buscaba tanto tiempo habia: un hombre desprendido enteramente del mundo, un hombre despojado de sí mismo, un hombre sobre todo ardiendo en amor

de Nuestro Señor Jesucristo. No podia dejar de pensar en él, y recordar los dulces momentos en que este hombre de Dios me referia la historia de su vida, y me enseñaba insensiblemente los mas ocultos y secretos caminos de la vida espiritual, y el arte admirable de amar perfectamente á Jesucristo: sus palabras, su aire, sus ademanes, su gesto, su persona, en fin, él mismo á todas horas me estaba presente, y esperaba con una santa impaciencia el feliz momento en que habia de verme por segunda vez.

Seis años transcurrieron en esta larga expectativa; pero quiso por fin el Señor escuchar mis votos: viajaba yo por país extranjero, cuando hé aquí que en medio de una vasta campiña percibí á lo léjos una reunion asombrosa de gente: piqué mi caballo, y al estar cerca observé que aquella muchedumbre estaba con una atencion profunda; tuve la curiosidad de saber el motivo de semejante reunion, y reparé sobre una pequeña eminencia á un hombre lleno de santo celo que la hablaba con una voz fuerte y animada. Acerquéme mas para mejor ver y oír; pero ¡oh Dios mio! ¡qué alegría y qué dicha para mí! reconozco á mi amado solitario: veo la misma cara que otra vez habia visto: oigo la misma voz que en otra ocasion tanto habia conmovido mi alma; deslicéme insensiblemente en el auditorio, y me acerqué cuanto pude al predicador, quien proseguia su discurso y hablaba de su amor con tanto celo y elocuencia, que ni uno habia que no estuviese conmovido: todos derramaban lágrimas, y por todo el auditorio se oían ciertos suspiros que da-

ban bien á entender que los corazones estaban penetrados del amor de Jesucristo.

¡De qué motivos, de qué razones tan poderosas se valia para conseguir su objeto! Empezó por hacer un retrato de la persona amable de Jesucristo: por una parte nos hizo ver su grandeza, su sabiduría, su poder y su divinidad: por otra hizo resaltar su bondad, su paciencia, su hermosura y su humanidad: despues de habernos hecho una pintura tan hermosa y viva del Hombredios, nos demostró cuánto nos ama, los afanes que ha tenido por nosotros, las continuas solicitudes en buscar nuestros corazones, las gracias de que nos colma en cada instante, las humillaciones que por nosotros sufrió, sus trabajos, sus penas, su sangre derramada y la muerte ignominiosa sufrida por nuestro amor.

Nos explicó todas estas cosas con tanta fuerza, con unos ojos, con un gesto, con una voz y con un corazon tan penetrado de lo que nos decia, que los nuestros no pudieron menos de quedar igualmente penetrados. Concluido el sermon le seguí á una pequeña poblacion vecina, en cuyo hospital se retiró para descansar con aquellos pobrecitos que eran todo su consuelo. Tan luego como me vió en este lugar, me dijo:—Me veis, pues, por segunda vez, y quiere el Señor que para satisfaccion vuestra ós hable de él, lo que deberá ser el objeto único y mas apreciable de nuestras conferencias.—Acabo de oír vuestro sermon, le respondí; estaba en el auditorio, y me habeis de tal manera conmovido, que no hay cosa que no haga y sufra por el amor que debo á mi Salva-

dor Jesucristo.—¿Le amais, pues? me replicó.—Sí, le contesté al momento, le amo; pero como no puedo amarle tanto como quisiera, decidme qué debo hacer para conseguirlo: explicadme, os suplico, lo que vos habeis hecho por él desde que tuve la dicha de encontraros en vuestra soledad. Algo le costó acceder á mi demanda; pero como se lo supliqué encarecidamente por el mismo amor que profesaba á Nuestro Señor, no me lo pudo negar.

Despues de haber tomado aliento por espacio de media hora, pues que bastante acalorado saliera de su sermon, comenzó á hablarme de esta manera:—Dejé el desierto tan luego como nos separamos: partí de noche... Pero, ¿por qué, le interrumpí, abandonásteis vuestro retiro, en donde tanto se aprende á amar á Jesucristo?—Es verdad, me respondió, que en la soledad es en donde particularmente se aprende á amar á ese divino Salvador; en el siglo y entre los hombres hallaréis por cierto solo el amor de los deleites, de las riquezas y de la vana gloria; el amor de Jesucristo no reina entre ellos: en la soledad es en donde se ha de ir á buscar: allí léjos del tumulto y ruido de las cosas del mundo se aprenden sosegadamente los secretos de este amor divino; allí se puede conversar á solas con Dios, sin temor de ser interrumpido y de que nada os saque de vuestro recogimiento; antes bien todo os hablará del amor á Nuestro Señor: los bosques, las fuentes y los pajaritos, el mar, la tierra, las yerbas, las flores, todo habla, todo respira amor á Jesucristo.

Hé aquí lo que me hizo habitar por espacio de

diez años en la soledad; pero cuando el corazón está lleno de este amor divino, cuando se siente de él abrasado, y las llamas que le devoran no caben en tan estrecho recinto, ¿qué es lo que se debe hacer? ¿por ventura no es lícito derramar y comunicar este amor divino y enseñar á los hombres cuán amable es Jesucristo, y cuánto debemos amarle? Estas consideraciones me obligaron á volver en medio del mundo. Habiéndome, pues, marchado de mi soledad, me fuí al momento á la casa de unos santos misioneros, en donde presto aprendí los excelentes medios de que se valen para ganar las almas para Dios; quisieron me ordenase de sacerdote; costóme algun trabajo el determinar-me á ello por considerarme del todo indigno; pero viendo que esto seria para mí un nuevo empeño para amar mas á Jesucristo y llevar por todas partes su santo amor, me preparé para el sacerdocio, que recibí, y celebré por primera vez el sacrificio incruento. ¡Oh amable Salvador mio, de qué gracias, de qué favores llenásteis entonces á este pobre siervo vuestro! No os lo puedo explicar, pues que apenas se pueden comprender: me veia todos los dias en el altar haciendo las veces de Jesucristo, representar su persona, tener á mi Salvador en mis manos, inmolarle con él al mismo tiempo... ¡Oh, qué dicha para mí! ¡Jesucristo en mis manos!... ¡Jesucristo en mi lengua!... ¡Jesucristo en mi pecho!... y esto, no una sola vez, sino todos los dias: ¿y será posible despues de tan grandes finezas no arder en su santo amor?...

¡Oh sacerdotes, ministros sagrados de Jesucristo! si vosotros reflexionáseis cuán grande es

vuestro honor, seriais otros tantos Cristos. ¿No sois efectivamente los ungidos del Señor? Vosotros representais la persona de su amado Hijo: llevais á este divino Salvador en vuestras manos, ¿qué digo? le llevais en vuestro corazón ¡y podrá suceder que no le améis! El se inmola todos los dias por vosotros en vuestras manos, ¿y vosotros no os inmolaréis por él? Os confia su cuerpo, su sangre, su vida; viene á descansar en vuestro pecho, en una palabra, él se os entrega todo, ¿y á vosotros se os haria duro entregaros del todo á él? El es todo para vosotros, ¿y vosotros no seréis del todo suyos? El quiere vivir en vosotros, ¿y vosotros rehusaréis vivir en él? El os ama, ¿y vosotros no le amaréis? ¡Ah! si consideráseis lo que sois, y cuál es la persona que representais, seriais sin duda dulces como Jesucristo, mansos como Jesucristo, desinteresados y caritativos como Jesucristo.

Despues que tuve el honor de ser sacerdote, he creido que siempre habia de tener presente mi grande dicha. No, no soy yo quien vive, sino Cristo es quien vive en mí: todo cuanto soy le pertenece; mis ojos ya no son ojos míos, ni mi lengua es lengua mia, ni mis manos son mis manos, ni mi cuerpo es cuerpo mio, ni mi corazón corazón mio, ni mi alma alma mia; sino que ojos, lengua, manos, corazón, cuerpo y alma es todo de Jesucristo. Todas estas cosas no me pertenecen ya, sino que deben contarse entre los bienes, herencia y reino de Jesucristo. Formar á Jesucristo en mí es el objeto de estos pensamientos tan dulces y estimables. Vos seréis, Salvador mio, si os place, el que haréis en mí esta obra. ¡Ay! si

tan fácilmente podeis Vos convertir un poco de pan en vuestra sustancia, y esto con cinco palabras, ¡ cuánto mas fácil os seria convertirme todo en Vos con el solo contacto de vuestro sacratísimo cuerpo ! Vos lo quereis, ¡ oh Jesús mio ! yo tambien ; Vos me lo mandais, y yo gustoso os obedezco. No, no quiero pertenecer mas á mí mismo y no estaré contento hasta que Jesucristo esté enteramente formado en mí. Ni aun esto me basta: yo quiero ir por todo el mundo á formarle en el corazon de todos los hombres; este deseo ha sido el que me ha obligado á dejar mi amada soledad, como ya os he dicho, en donde despues de haber aprendido á amar á Dios, me he visto obligado á ir por las naciones para enseñarlas á amarle.

Me fui desde luego á los países bárbaros, quiero decir, á esos desiertos del Cristianismo, en donde apenas se oye hablar de Jesucristo. Le he predicado allí, me han escuchado y han aprendido á amarle. No he querido predicarle en mi país, porque además de que no quiero que me conozcan, ¿ cómo poder hacer amar á Jesucristo en un país en donde solo se ama el interés, los deleites, el mundo y la vanidad ? ¡ Ay ! en medio del Cristianismo se oye con frecuencia hablar de Jesucristo; pero se ignora comunmente de lo que se habla: los misterios del Hombre-Dios son reputados entre los inventos fabulosos, ó como una bella historia que fue de otro tiempo. Las verdades de nuestra fe, repetidas una y mil veces sin fruto alguno, han producido una especie de insensibilidad: se las escucha, es cierto, pero sin gustarlas; yo no sé si las entienden ó las quieren entender: en fin, poca es la creencia entre los cris-

tianos: la fe que tienen de Jesucristo es una fe agonizante; ¿ y quien será capaz de reanimarla despues de todo esto ? Por esto pasé ante todo á esas naciones semibárbaras, en las que casi nunca ha sido predicado el Evangelio: anuncíele, pues, á aquellas pobres gentes hambrientas, por decirlo así, de la divina palabra, y han gustado tanto de Jesucristo, que todos han quedado presos de su divino amor.— Interrumpí al sacerdote, y le pregunté de qué discursos acostumbraba valerse para ganar á estos pueblos para amar á Jesucristo.— No os puedo decir á punto fijo, me respondió, lo que eran mis discursos, ni cómo los coordinaba: Vos lo sabeis, Salvador mio, pues Vos me los inspirábais; Vos hablábais por mi boca; Vos animábais mi voz y mi gesto; Vos os deramábais en los corazones de mis oyentes; Vos, en fin, érais quien lo hacia todo: entregado enteramente á Vos me dábais lo que convenia decir. Por tanto, prosiguió, no os puedo buenamente decir lo que predicaba entonces: bien sé que les hablaba siempre del objeto de mi amor; que para excitar al mundo á amarle les hacia ver cuán amable es, cuánto nos ama, y luego cuánto quiere que nosotros le amemos. Otras veces les hablaba de la necesidad que tenemos de amarle, de las riquezas inestimables de su amor, de su poder, de su excelencia, de sus dulzuras, de sus triunfos... les explicaba, en fin, todas las maravillas de su amor. Escuchábanme con sumo gusto; oyéndose por todas partes tiernos suspiros y un cierto rumor en la reunion que denotaba el sentimiento que tenian de no haberle amado bastante, ó los deseos ardientes de amarle en lo ve-

nidero , ó las resoluciones fervorosas que forman de hacerlo y sufrirlo todo por su amor. — El discurso de este santo sacerdote, y los motivos que alegaba para amar á Jesucristo, me encantaban; pero deseando que entrase un poco mas en materia , le supliqué que me lo explicase mas en particular: lo hizo pero de un modo tan vivo y eficaz , que creí oír á un san Pablo ó á un Serafin , que me hablaba de este divino amor: jamás mi corazón ha estado tan inflamado como entonces; las palabras que pronunciaba este hombre de Dios eran otros tantos dardos encendidos que me penetraban hasta el alma y me encendían en el amor de Nuestro Señor. Sus ojos, su cara, su gesto, todo me hablaba en él de este amor divino: primeramente me habló de su necesidad , me hizo ver que no se puede vivir con felicidad sin amar á Jesucristo; me demostró que no podemos gozar de salud , si no amamos á Jesucristo: que el que no le ama queda anatematizado: que tenemos precepto expreso del Señor de amarle; y finalmente que era preciso escoger en esta alternativa: ó arder en el fuego del amor á Jesucristo, ó arder eternamente en el fuego del infierno.

Después de haber sentido la necesidad que tenemos de amar á Jesucristo , me demostró los grandes bienes que sacamos de este amor, explicándome sus inestimables riquezas. ¡Oh! ¡qué cosas dijo sobre tan interesante materia! Que el amor de Jesucristo encierra todos los tesoros del cielo y de la tierra, la alegría, la paz, la seguridad de la gracia, la dulzura, la humildad, la paciencia, la pureza, la fortaleza, el valor, en una palabra, todas las virtudes las mas heroicas

del Cristianismo; además el horror al pecado, el desprecio del mundo, la abnegacion de sí mismo, el amor á la cruz y á los trabajos, y un deseo insaciable de morir por Jesucristo. ¿Qué cosa hay que no posea, dijo él, el que ama á Jesucristo? El que le ama posee su corazón, y por consiguiente todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Me habló inmediatamente del poder y de los triunfos de este amor. — Si, no lo dudeis, me dijo: no hay cosa que no emprenda y que no la lleve á cabo: el amor lo puede todo, lo supera todo y todo lo avasalla: el amor triunfa de todo, ni el mismo Dios, con ser Dios, le resiste. Este amor ha hecho triunfar á los Mártires en medio de los mayores tormentos: este amor ha dado fuerza á tantas jóvenes vírgenes para llegarse á la presencia de los tiranos, y echarles en cara su barbarie; este amor ha triunfado de la idolatría: este amor, por fin, ha dado poder á unos pobres pescadores para someter á todo el mundo á la santa locura de la fe. — Pasó después á explicarme la excelencia de este divino amor, díjome que él era el que formaba los grandes Santos y los héroes del Cristianismo; que sin él todo es nada; que las cosas mas grandes pasan sin él á ser las mas pequeñas, y al contrario, las mas pequeñas con este divino amor pasan á ser infinitamente grandes; que si se quitase del paraíso el amor de Jesucristo, pronto se convertiría en un infierno; y si fuera posible introducir este amor en el infierno, dejaría de ser infierno y se convertiría en un delicioso paraíso. A continuación me explicó las delicias de este amor, diciendo: que endulza las amarguras de esta vida; que sin él todo es tris-

teza, y con él todo es alegría, todo placeres y delicias á torrentes. Para probarme tan bella proposicion y hacérmela en algun modo sensible, invocaba el testimonio de todos los corazones que han amado con especialidad á Jesucristo.—Ellos nadaban, me dijo, en un mar de placeres, ó mejor, estaban en él inundados; no se poseian á sí mismos, viéndose obligados á decir: basta, Señor, basta.

¡ Ah ! si me fuera posible, añadió, haceros gustar lo que experimento en mí mismo y derramar en vuestro corazon todo lo que pasa en el mio; pero, ¡ ay ! demasiado digo, porque aunque me derramo por todas partes, las dulzuras de mi corazon son tan grandes que no las puedo explicar. Hé aquí, continuó mudando de tono, cuáles son las bondades, las grandezas, las riquezas, y las delicias del amor á Jesucristo; pero es preciso amar para conocerlas y para entender lo que digo: amad, pues, añadió, dándome un tierno abrazo, amad á este estimable Salvador. ¡ Ay ! tanto como os ha amado, ¿ y vos le negaréis vuestro amor ? ¡ qué motivos, qué poderosos motivos no teneis que os impelen á este amor ! todas las criaturas os excitan á ello ; el paraíso celestial os ofrece la inmensa y eterna felicidad de los Santos, si amais á Jesucristo: el infierno os amenaza con todos sus eternos tormentos, si no le amais. Todo cuanto os rodea en este mundo visible, el sol, la luna, los astros, la tierra, el mar, las plantas, los frutos, las flores, todo os predica, todo os anuncia á Jesucristo, todo os habla de su santo amor... — Calló por algunos instantes, y levantando despues la voz que se hizo oir por toda la

sala de los pobres enfermos, en donde se habian reunido muchas personas, — ¿ hay en el mundo, exclamó, cosa mas razonable, mas natural, mas conveniente, mas dulce ni mas interesante que amar á Jesucristo ? Nosotros naturalmente amamos á nuestros semejantes, y este Dios que se hizo hombre, por el amor que tenia al hombre, ¿ no es por ventura del todo semejante á nosotros ? Naturalmente amamos á nuestros bienhechores y á todos los que se interesan á favor nuestro, de manera que no podemos prescindir de ello: ¿ y prescindirémos de amar á Jesucristo, no hallándose otro que nos haya hecho tanto bien como él ? Amamos con pasion las grandezas, las riquezas, los placeres, el amor y estima de los grandes: pues bien, amando á Jesucristo poseeis el amor y estima de todo el paraíso ; los Angeles os quieren, los Santos os aprecian, Dios mismo os ama, y hallaréis en vuestro amado los bienes, los honores y las delicias del cielo y de la tierra. Nosotros sin pena alguna, antes bien con una cierta necesidad, amamos todo cuanto nos pertenece, todo cuanto es nuestro, todo, porque nos amamos necesariamente á nosotros mismos: ahora bien, ¿ hay por ventura en todo el mundo cosa que mas de cerca nos toque y que sea mas nuestra que Jesucristo ? El es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro esposo, nuestra carne, nuestro alimento ; él es todo nuestro, y todo nuestro por amor ; ¿ por qué, pues, no serémos nosotros todos para él, ya que él es todo nuestro ?

Nosotros naturalmente amamos la belleza, la bondad, la sabiduría, la dulzura, la virtud: porque todas estas cosas son amables naturalmente:

pues ¿por qué no amarémos á nuestro amable Salvador? El es la misma belleza, la bondad por excelencia; es la sabiduría del eterno Padre, es el mas dulce de todos los hombres; él posee eminentemente todas las mas bellas cualidades: en fin, nosotros amamos á los que nos aman, y gustosamente pagamos amor con amor. Jesucristo nos ha amado, no lo podemos dudar; nos ama, lo podemos experimentar; y nos quiere amar eternamente, de esto habemos recibido mil pruebas: ¿por qué, pues, no le hemos de amar? ¿por qué regatearle un corazon que nos pide?

¡Ay! se aman las criaturas, y aun á veces las menos amables; criaturas sin ningun mérito, y que quizás no nos aman; no obstante se las ama, y el amor que se las profesa es un amor inquieto, gravoso, pesado, criminal y que nos tiraniza; pero el amor de Jesucristo es un amor santo, inocente, pacífico, consolador, infinitamente dulce y delicioso: nosotros amamos al que sabemos de cierto que de veras nos ama; Jesucristo, pues, quiere amarnos por toda una eternidad. — Se extendió el buen sacerdote sobre tan preciosa materia, y lo hizo con tanto fervor que arrebató á todos los oyentes; los rústicos y sencillos quedaron mas afectados que los otros: le pedí la razon de esto, y me respondió que sobre esta clase de personas bajó el amor de Jesucristo el dia de Pentecostes; y que los ricos y grandes del mundo regularmente no son muy capaces de este favor. Para probarme lo que acababa de decir, hé aquí cómo continuó la historia de su vida: — He predicado, me dijo, á toda clase de personas, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, y á los

que están entregados á los placeres de este mundo; he predicado á los sábios y á los ignorantes, á los viejos y á los jóvenes; pero con diferente resultado: los grandes del mundo no pueden amar á Jesucristo, porque no pueden amar los desprecios y las humillaciones de su cruz: los ricos del mundo tampoco son capaces de su amor, porque no pueden gustar su pobreza: los voluptuosos son indignos de este amor, porque tienen un corazon corrompido: los sábios y los políticos del siglo jamás amarán á Jesucristo, porque ellos no pueden amar su dulzura, su simplicidad y su inocencia: vosotros, pobres y sencillos, vosotros, enfermos y abandonados, vosotros, digo, estais bien dispuestos para amar á Nuestro Señor Jesucristo.

— Un dia, continuó, en ocasion de predicar á un numeroso y lucido auditorio en que asistia un príncipe del país con su numerosa corte, hablé del ardiente amor que Jesucristo tenia á los hombres: desde luego dieron á entender que estaban en gran manera conmovidos; quedaron corridos y avergonzados de haber estado tan largo tiempo sin amar á aquel que tanto les habia amado; ya se reprendian su ignorancia, ya su dureza de corazon, en fin, empezaron á inflamarse de su santo amor; pero luego que yo les hube hablado de este divino Salvador tiritando de frio sobre las pajas de un pesebre, se fué extinguiendo en ellos el amor que al parecer se encendiera en sus pechos. Para reanimar este agonizante fuego me ví precisado á decirles, que si se habia humillado tanto, habia sido por nuestro bien; no produciendo mis razones otro efecto que amortiguarlo mas y mas; no, decian allá en sus adentros, se-

gun comprendi, no podemos resolernos á amarle, porque nos es imposible imitar tan grande pobreza y una humildad tan profunda. Los reyes y poderosos de la tierra, les dije entonces, han amado al Salvador siendo infante; es verdad que Herodes y su corte no lo pudieron sufrir; pero los Reyes del Oriente le adoraron é hicieron sus presentes; ¿qué partido quieren ustedes seguir, señores? ¿Somos de la corte de Herodes ó de la de los Reyes magos? Este discurso conmovió á todo el auditorio, pero pocos se convirtieron; porque en gran parte se componia de gente de corte y grandes del mundo: algunos no obstante se convirtieron y lo hicieron de una manera tan noble, que en poco tiempo llegaron á ser unos perfectos amantes de Jesucristo. ¡Oh grandes, oh nobles, oh ricos de la tierra! Si quereis serviros de las grandes ventajas que el Señor os ha concedido, podeis en breve tiempo ser unos grandes santos. Seréis grandes en todas las cosas, grandes en virtud, grandes en valor y grandes en el amor á Jesucristo.

En otra ocasion pasé por delante de una casa, en donde regularmente tenian la academia los sábios: uno de estos señores luego que me vió, me convidó á entrar; no rehusé el obsequio que se me hacia: ví una espaciosa sala en la que habia muchos señores en órden sentados para escuchar un elocuente discurso que habia de pronunciar uno de ellos elegido de antemano: por mucho tiempo se le esperó, pero no comparecia. Me presento á estos señores, y sonriendo les digo: Si Vds. me lo permiten, yo les pronunciaré un discurso que no les disgustará: aceptan mi propo-

sicion; hábloles de las cualidades amables de Jesucristo, en términos al parecer los mas á propósito para mover hasta los corazones mas empedernidos; pero sus corazones quedaron tan frios y helados como antes: pronto conocí la causa. Estos señores, como lo querian todo para la imaginacion, nada reservaban para la voluntad. No queramos, pues, agotar todas las fuerzas del alma en entender y penetrar lo impenetrable, antes bien reservémoslas para amar al que no podemos amar suficientemente. — Me hablaba de esta suerte, cuando dirigiendo la vista sobre los enfermos tendidos en sus camillas, — hé aquí, me dijo con un cierto aire de alegría, hé aquí las personas susceptibles del amor de Jesucristo: aquí es en donde ordinariamente me reúro; aquí es en donde el amor de mi Salvador me circuye por todas partes; aquí es en donde hallo los corazones mejor preparados que en otros lugares; aquí, en medio de estos sujetos que veis, de los que aun hay algunos sumidos en sus crímenes, pero que la fuerza del mal hará entrar cuanto antes dentro de sí mismos, y que, luego que el dolor haya felizmente empezado en sus corazones, quedarán esclavos del amor divino. — Llegada la hora, dióse de comer á los enfermos; el hombre de Dios les sirve con la cabeza descubierta, y con tanto cuidado y amor, que cualquiera diria que en sus personas servia la persona misma de Jesucristo: no hay caricia que no les dispensara: abrazaba á los unos, consolaba á los otros, componia sus camas, les esforzaba á comer, les desmenuzaba las viandas, y él por todo sustento tomaba únicamente las sobras. Observaba yo que hacia to-

das estas cosas con un fervor inexplicable. Después de la comida les curaba sus llagas, las limpiaba con lienzos á propósito y aun á veces con la lengua; en fin, él les servía en todas las cosas hasta las mas bajas, y después de haberlo arreglado todo, barria la sala.

Cuando hubo acabado, les hizo un pequeño discurso del amor de Jesucristo, pero un discurso tan patético y tierno, que esta buena gente quedó enteramente penetrada, no cesando de bendecir á Dios por haberles dado un hombre tan santo, y que tan bien sabia consolarles en sus enfermedades: el amor que concibieron entonces ellos á Jesucristo, les hizo amar las penas y tener su estado de enfermedad y pobreza por mil veces mas dichoso que el de los grandes y ricos de la tierra. En medio de aquella buena gente, alguno hubo que recibió mal el discurso; alligóse el siervo de Dios, y mirándome con ojos tristes, — hé aquí, me dijo, el fruto del que envejece en los malos hábitos. — Mientras así hablaba, la campana llamaba á los muchachos del pueblo á la capilla vecina en donde este buen eclesiástico enseñaba el catecismo: fui allá con él, y mostrándome aquellos jovencitos me dijo: — Veis estos muchachos; ellos forman mis delicias: no hallaréis aquí vicios inveterados, de aquellos que traen endurecidos los corazones en el mal: estas son almas tiernas, dóciles, sencillas é inocentes: aquí es en donde debe reinar el amor de Jesucristo. — Empezó entonces á hablarles de Jesús, y para moverles mas les representó al Hombre-Dios tierno infante sobre el pesebre, tan hermoso, tan dulce y tan amable, que aquellos inocentes no

pudieron dejar de quedar encantados: les contó en seguida como los pastorcillos le fueron á visitar; los presentes y regalos que le hicieron, y el buen recibimiento que se les hizo; como el niño Jesús se dejó abrazar y acariciar por aquellos pastores, y como el mismo Jesús queria hacer otro tanto con ellos; que á este efecto habia querido hacerse niño como ellos, ser su hermano, vivir todos los dias en su compañía, darles su madre por su comun madre, en fin para darse y entregarse enteramente á todos ellos. Les añadió que Jesús nuestro Salvador amaba á los niños en gran manera; que durante su vida mortal tenia grande complacencia en conversar con los niños; que los abrazaba con ternura y los proponia á los Apóstoles para enseñarles cuán agradable le era la dulzura, la humildad, la inocencia y la simplicidad de la infancia. Los muchachos le escuchaban con atención, y el amor de Jesucristo insensiblemente se derramaba en sus tiernos corazones de tal manera, que les hacia derramar lágrimas. Concluido que hubo su discurso, este varon santo se dirigió á mí, diciéndome: — Ya veis, pues, como se cumple lo que os decia, que estos jovencitos son los mas capaces del santo amor. ¡Oh mis caros niños! les dijo dirigiéndoles la palabra, vosotros acabais de oír cuán amable es vuestro Salvador y cuánto os ama: id, pues, hijos queridos, decidlo á vuestros padres y madres; decidlo á vuestros hermanos y hermanas, á vuestros parientes, á los criados de vuestra casa, á todos los que bien os parezca, y no os avergonceis de publicar cuán amable es el Señor y cuánto os ama. — Habiéndoles así exhortado, los despidió los unos tras los

otros, y dirigiéndose á mí, me dijo:—Si nosotros no nos hacemos pequeños como estos párvulos, no serémos jamás dignos del reino de Dios, que es el amor de Nuestro Señor Jesucristo.—Anocheia cuando se despidió de mí; mas yo le supliqué me permitiese pasar con él la noche, y que á la mañana siguiente continuaria mi viaje, pues deseaba aprovechar los momentos que podía estar con él; que lo tomase con paciencia, y despues ya no le estorbaria mas. Consintió en ello, pero con la condicion que habia de pasar la noche en la sala de los enfermos; porque este era el lugar en donde él de ordinario descansaba: lo que acepté con mucho gusto. Volvimos á la sala de los enfermos, les visitamos, y despues de una breve instruccion que les hizo el siervo de Dios, y de la oracion acostumbrada, nos fuimos á descansar.

No perdí un momento de vista á este buen eclesiástico: observé que se retiraba á los piés del lecho de un enfermo muy malo que ya habia recibido los últimos Sacramentos: oró allí cerca dos horas, y habiéndose envuelto despues con una mala manta, se echó en el suelo para descansar un poquito. Por cierto que no descansó tres horas: su sueño parecia muy dulce y tranquilo, y oia de cuando en cuando ciertos suspiros que indicaban muy bien el amor de Jesucristo en que su corazon ardía. ¡Oh Jesús mio! decia con una voz dulce y tranquila, ¡oh mi Salvador! ¡oh mi todo! ¡oh cuán amable sois! ¡Oh Dios de mi corazon! ¡oh amor!... ¡Ay!... ¡no sois bastante amado! ¡Oh si yo pudiera haceros amar de todo el mundo! ¡oh amor! ¡oh Jesús! ¡oh mi todo!...

Repetia de cuando en cuando algunas de estas palabras ó jaculatorias, y siempre dormia con un sueño muy tranquilo; pero habiendo sobrevenido algunas convulsiones al enfermo, se despertó al momento, y acercándose prontamente á él, vi que le prestaba los servicios de que es capaz un hombre de celo en ocasiones semejantes. El enfermo entra en agonía, y el hombre de Dios le asiste con tal paciencia, dulzura y caridad que no se puede explicar. Yo creia ver á Jesucristo en su persona; estaba tan lleno del divino amor, que le imprimia en el alma de este pobre moribundo, que por último espiró entre sus brazos.

Apenas habia amanecido, cuando el santo hombre lo tenia ya todo dispuesto para los funerales del difunto; y despidiéndose me dijo:—Hé aquí uno de los mas dulces empleos de mi vida. Por fin es menester que nos separemos: marchaos en buen hora; continuad vuestro viaje, y si alguna vez pensais en mí, acordaos que es preciso amar á Jesucristo.—Yo le dije que durante mi vida me acordaria de él; pero que antes de separarme le suplicaba con toda instancia se dignase enseñarme cómo debia amar á Jesucristo; en qué consiste propiamente su santo amor; qué conviene hacer para alcanzarlo; cuáles son los medios para conservarlo, y cuáles eran sus progresos y su consumacion. Accedió á mis ruegos, y hé aquí las admirables instrucciones que me dió, las que he querido insertar en esta obrita.

—Para prepararse al amor de Jesucristo, conviene ante todas cosas alejar de nosotros todo lo que le pueda desagradar, la vanidad, el orgullo, la impureza, la avaricia, la mentira, la cólera,

en una palabra, todo lo que se opone á la ley de Dios. Para alcanzar esta gracia es necesario conformarse con la voluntad de su Amado; aborrecer lo que él aborrece, desear lo que él desea, amar lo que él ama: amad la dulzura, la humildad, la sencillez, la obediencia, y así amaréis á Jesucristo. Para llenarse de su divino amor es preciso ante todo vaciarse de todo lo que puede desagradarle y serle contrario: el amor á los placeres, el amor á las riquezas y el amor á si mismo, todos estos amores son contrarios al amor de Jesucristo: vaciad vuestro corazon de todos estos amores, y al momento quedará lleno del amor de nuestro divino Salvador. Para conocer si de veras se ama á Jesucristo, no os debeis atener á ciertos ardores que algunas veces parece que abrasan vuestro pecho, ni tampoco á aquellas dulzuras en que ciertas ocasiones creéis estar inundado enteramente, todas estas señales son equívocas y nos pueden engañar: mirad si con todo cuidado observais los mandamientos de la ley de Dios; si procurais seguir sus consejos; si os aplicais á renunciaros á vos mismo; si amais la cruz; si voluntariamente tomáis parte en sus humillaciones, en sus penas, agonías y desamparos. Si todo esto haceis, podeis decir, sin temor de errar, que de veras amais á Jesucristo.

El amor de Jesucristo tiene todas las calidades que san Pablo atribuye á la caridad: el amor es paciente, dulce, no es envidioso; no hace á propósito ninguna cosa mala; no se hincha de orgullo; no busca sus propios intereses; no se incomoda ni menos se encoleriza; no juzga mal de nadie; no se alegra del mal de su prójimo, sola-

mente se alegra del bien; tolera, lo cree todo, lo espera todo y todo lo sufre. El amor de Jesucristo no cesará jamás. Las profecias se acabarán, las lenguas cesarán, desaparecerá la ciencia; pero el amor de Jesucristo permanecerá eternamente. ¿Quién será capaz de separarnos del amor de Jesucristo? ¿Será la tribulacion, ó los disgustos, ó la persecucion, ó el hambre, ó la desnudez, ó la espada, ó la violencia? Nada de esto; porque yo tengo esta confianza en mi Salvador, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles del cielo, ni las potestades de la tierra, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni lo que hay de mas alto en el em-píreo y de mas profundo en el infierno, ni criatura alguna será bastante para apartarme jamás del amor á Jesucristo. Es san Pablo el que así habla, este fervoroso amante de Jesucristo; él mismo es quien nos da estas señales del verdadero amor. Para gustar bien las dulzuras del amor de Jesucristo es preciso renunciar á todas las otras dulzuras, no solo las criminales, sino tambien aquellas que parecen mas inocentes. Para gustar perfectamente la dulzura del Señor, no se ha de gustar otra cosa que al mismo Señor. Para abrazarse cual conviene de su divino amor, y sentir vivamente sus llamas puras, no se ha de permitir en el corazon otro fuego aunque sea el mas inocente.

Para conservar este amor santo, amad la soledad y tened el espíritu de oracion. Para acrecentar este mismo amor, ejercitao en obras de caridad. En fin, para consumir en vos el amor de Jesucristo, perded, destruid, anihilad la naturaleza; el amor de Jesucristo solo se alimenta de pe-

nas, él es insaciable de cruces; él triunfa en medio de las tribulaciones; él ama las humillaciones, los desprecios, las contradicciones, los desamparos, las penas, los anonadamientos; en fin, él nos hace morir á todas las cosas y aun á nosotros mismos, á fin de que solo vivamos la vida de Jesucristo. ¡Quién me diera sufrir solo por Vos, ó Salvador mio! ¡quién me diera todo lo que vuestro amor me pide tanto tiempo hace! Vengan sobre mí todas las persecuciones, las enfermedades, los contagios, las contradicciones, la pobreza, la esclavitud, las calumnias, y todos los tormentos imaginables: sí, todo esto venga sobre mí á fin de amaros perfectamente; y á mas consumid en Vos todo cuanto soy y me pertenece. — Concluyó con estas palabras, las que expresan el fervoroso deseo que tenia de consumir su amor en las penas y trabajos. Abrazóme; nos despedimos; monté á caballo, y proseguí mi viaje, pensando continuamente en las santas instrucciones que este virtuoso eclesiástico me habia dado, habiéndome asegurado que le veria aun otra vez antes de morir.

TERCERA PARTE.

Su vida paciente y su muerte.

Después de haber descrito cuál ha sido la vida oculta y solitaria de este perfecto amante de Jesucristo, cuál en seguida su vida pública y laboriosa, nos resta ahora explicar cuál ha sido su vida paciente, y finalmente como murió consu-

mido en el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Con esto aprenderemos cómo este mismo amor, en cualquiera de estos tres estados de vida, ha de triunfar en nuestras almas.

Cerca de cinco años transcurrieron sin saber nada de este santo eclesiástico: preguntaba por todas partes á fin de tener de él alguna noticia, cuando cierto dia por casualidad se me acerca un hombre pobre á pedirme limosna: le pregunté quién era y de qué país venia. Díjome que me conocia, que me habia visto en cierto hospital, en donde tuve una larga conferencia con un santo sacerdote, cuya memoria seria eternamente venerada; y habiéndole preguntado en qué habia venido á parar este buen hombre, me respondió llorando: — ¡Ay! no hay males, desgracias ni enfermedades que no haya sufrido aquel venerable sacerdote desde vuestra ausencia. Apenas os despedisteis de él, cuando dió todas las disposiciones necesarias para los funerales del enfermo que vos mismo visteis morir en aquella noche: concluidas las exequias, habiendo él mismo querido llevar el cadáver á la sepultura, cayó en la hoya y se rompió un muslo. Esta herida le ocasionó los mas inexplicables dolores: siete meses tuvo que guardar cama, sufriendo con la mas admirable paciencia todo cuanto hay de mas cruel en las operaciones de la cirugía: le hicieron incisiones terribles en la carne viva; y era por cierto una maravilla verle en medio de estos tormentos alabar á Nuestro Señor por la gracia que le otorgaba de poder sufrir alguna enfermedad por su amor; pero aun le quedaban otras que sufrir. Empezaba á curar de la rotura cuando todo su cuerpo se lle-